

www.cuadernosdelaberinto.com

EDITORIAL
CUADERNOS DEL LABERINTO



2006-2026

www.cuadernosdelaberinto.com

Juana Rodríguez Macías

CUANDO LLUEVE DENTRO

PRÓLOGO:

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°158—

M A D R I D • M M X X V I

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JUANA RODRÍGUEZ MACÍAS

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Prólogo © ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

Ilustración de cubierta © *A girl in a white lace
dress swims underwater as if flying in zero gravity*
(con licencia de depositphotos)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por COPIAS CENTRO (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra:

www.cedro.org • 91 702 19 70 / 93 272 04 45

Primera edición: ABRIL 2026

Depósito legal: M-7371-2026

I.S.B.N: 979-13-87751-01-2

Impreso en España.

*Al extraño curso de la vida.
Al azul que habitó mi latido.
A mis hijos, siempre.*

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

SOBRE UN LIBRO HECHO DE LLUVIA

Este libro nos habla de la lluvia por dentro, así que, amigo lector, no abras el paraguas, en esta ocasión hay que dejarse empapar por esa lluvia hasta que se calen los huesos.

Sigue conmigo las huellas de estas páginas y las cinco partes en que se divide y veremos.

En la primera, ya nos pone sobre aviso Juana Rodríguez Macías: «El aguacero dentro de mí», que es tanto como decir dentro de cualquiera que lea este libro. Si como lector no estás dispuesto a empaparte por dentro, a ser cómplice del diluvio emocional que mueva tus propias inquietudes, es mejor que te dediques a otra cosa, el libro no es para ti.

En la segunda parte da un giro copernicano y pasa de la lluvia al fuego; dice: «En la boca un incendio», que es como resumir la pasión por la palabra, por la poesía, por el amor, por el dolor, por la comunicación intensa. ¿Te imaginas debajo del aguacero, pero con la boca en

llama viva?, ¿ves el atrevimiento, el ímpetu, la necesidad solidaria? Pues eso.

Ya lo aclara en el primer poema de este capítulo:

*Hoy te levantas, como cualquier día,
con más de una trinchera entre los ojos.
En la boca un incendio,
mientras tiemblan de frío
la cama, el techo y la ventana.*

En la tercera, Juana se mete en faena del todo y nos obliga —como debe de ser— a navegar con ella en un cúmulo de sensaciones intensas, profundas... Dice: «De volver a nacer y ser laguna». Hay que compartir solidariamente sus palabras o estaremos perdiendo el tiempo. Arriégate, renace en sus palabras, lector, nada, bucea en esa laguna en que nos convierte tanta lluvia de sensaciones. Merece la pena.

En la cuarta parte, Juana se da cuenta del riesgo que corre volcando tanto corazón en el papel, sabe que estamos con ella, como lectores, corriendo también el riesgo de esa hermosa aventura que es la poesía, y se nombra a sí misma como «Deslenguada». ¿Qué otra cosa es el poeta?, ¿qué otro calificativo nos cabe a los

que leemos a una autora entregada y nos entregamos con ella? Atrévete, amigo, sé descarado con ella, sé insolente y desvergonzado. Esa es la condición exacta de la poesía. Sin ella, a penas merece la pena.

La última parte, se titula «Cuando el agua ahoga». Juana llega al final empapada de emociones, que son la lluvia por dentro de la que ya nos había avisado. Y el agua ha desbordado todo, se convirtió en laguna, era el diluvio universal de Utnapishtim, de Noé, de Svayambhuva Manu, de Manco Cápac y Mama Ocilo, de Deucalión y de tantos otros. La lluvia destructora y salvadora a un tiempo, el agua regeneradora. Nos ahoga un instante, pero salimos reforzados y renacidos.

Así, junto a Juana Rodríguez Macías, buscaremos a la persona amada —«Te busco en la tormenta»—; habitaremos la sombra y su iluminación —«En la anchura callada de la noche, / aquí dónde tu sombra enciende luz»—; y llamaremos a la esperanza por su nombre y condición, todo será nuestro, todo lo compartiremos, todo nos hará más fuertes —«No dejes que ninguna parte nos quede ajena»—.

No te asuste esta lluvia por dentro, querido lector. Palpa el dolor y sonríe, es tu propio dolor; mira al miedo de frente, pasará; entrégate al amor para que no

se diluya entre las aguas. Nuestra sombra estará empapada, pero habremos alzado la cabeza y, como dice la autora, «todo vendrá e irá tan suave y claro / como el cristal que queda entre la nieve».

Nos quedará tan solo un intenso libro entre las manos, un libro necesario que habremos de releer muchas más veces, cuando recordemos algunos versos como estos que hablan de lo que siempre nos quedará al final de la tormenta:

*Olor a lluvia, a jabón en el armario,
a ropa blanca,
a espíritus buenos, amados, sabios.*

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

Madrid, marzo de 2026

I

EL AGUACERO DENTRO DE MÍ

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

CUANDO LLUEVE DENTRO

Yo creí que sí, que todo volvería a su lugar.

Los árboles del cuadro tendrían de nuevo hojas
y el charco, solo el agua suficiente para saltar en él.

Desde la ventana puedo podar las ramas de la palmera.
Me mira con sus ojos turbios y abre una boca
enorme para seguir callada.
No es extraño, hace tiempo que yo tampoco hablo.

Diluvia.

La humedad, que siempre fue invisible,
se pasea por la casa luciendo un traje de chaqueta
azul
con una corbata al cuello, sin camisa.

Echo de menos los días áridos.
Esos en los que me tendía en el suelo mimetizándome,
entre los ocres del mármol, como un camaleón.

No para de llover y nada está en su sitio.
El aguacero anega dentro de mí.
No deja ni un centímetro de piel sin invierno.

OJOS SIN PONIENTE

Ya no conozco a la chica rubia que corre
de un lado a otro de una terraza, sin abarcar
a todo, y que no sabe cómo huele París.

Ni a la madre despeinada que apenas ha dormido.
A la que se le derraman los senos en la cola
del metro y jamás amaneció en Venecia.

Ni a la viuda resignada que soñaba
con el año que viene y no llegó nunca.
Tras los muros, eternamente, duerme Atenas.

Ni a la amante de un trapeceista que se metió
a poeta alimentando la mañana en lo oscuro
del deseo o en una ventana con vistas al mar.

Guardo el aire por si acaso más tarde
pudiera respirar, sabiendo que vivo aún
mientras me devora la prisa del tiempo.

Miro ausente el paisaje silencioso
en este viaje de ida, huyendo de un poniente,
sin ojos que viene acortando el día.

MIENTRAS HAYA TIEMPO

Hace ya tanto que no cuento
cómo crece la raíz, el herido tronco
de mi cepa, ese modo en que se esconde
la sombra de la bestia.
Hace ya tanto, madre.

Asumo la derrota en el desprecio
de una niña repleta de memoria.
La vuelta en la solapa del abrigo
ventila por el cuello su vergüenza.
Entonces, la ternura era otra cosa.

Estos hombros con el peso se me hunden,
incapaz de aguantar tu indiferencia.
Qué secos están mis huesos, qué tristes.
A este mismo dolor van sucedidos.
Deja que sane, madre, entre tus brazos,
antes de que te mueras, o me muera.

LA HISTORIA RENDIDA

Quise levantar mi casa junto al mar,
tocar en la tarde la bardera del monte,
jugar con la alta rama del ciprés.

En la desembocadura, estuario crecido,
ría en la montaña, agua turbia de sal plena,
descansar en la duna de una boca honda.

Quise borrar del recuerdo la rendida historia,
la flaqueza torpe que rompe la voz quebrada,
el llanto que desde las entrañas mira y desnuda.

Romper la suerte siendo, el abrazo necesario,
que respira ambicioso un tajo para saberme,
por una vez, solo por una vez, viva.

LA ÚLTIMA NOCHE

Hay agua en el cristal del tragaluz.
Hay un manto hecho de alas de mosca.
Música leída en la rota partitura.

Hay una última habitación.
Hay muebles arañados, paredes blancas.
Pasa por mi lado tu tono transparente.

Hay ojos que me hurgan en la noche.
Hay miedo en cada rincón de mi dormitorio.
La tristeza cala el algodón de las sábanas.

Hubo un abrazo que calmó mi ansia.
Hubo ambición en la entrega
de esas manos que formaron cuencos.

Hubo lazo de prestada intimidad.
Hubo vida que apremiaba al retorno
y esos hombros donde apoyar mi paso.

DISTINTA CADA DÍA

Cómo borraron los años
las huellas que marcaron el sendero.
Aturdidas, las imágenes dormitan
entre la plata y el vaivén de lo lejano.

Ya falla la memoria y no logro
distinguir si es mío el nombre que, difuso,
intuyo más que oigo la amplitud,
distinto cada día en otros labios.

Evoco con nostalgia a la mujer
que cuelga en la pared de tus altares.
No siento como míos aquellos rasgos
ni el palo de la cruz que los recoge.

CASAS VIEJAS

La casa está deshabitada.
En el silencio retoza la sombra.
Siguen en pie sus muros de caliza.
La yedra, ambiciosa,
viste de hojas la cornisa.

Me parece ver a la abuela
soplando achicoria amarga.
Volaban las semillas
hasta tocar las nubes preñadas.
Mi piel recuerda.

La calleja, aquel jazmín en el patio.
Mi pueblo de cal azulada.
Olor a lluvia, a jabón en el armario,
a ropa blanca,
a espíritus buenos, amados, sabios.

SÍNDROME DE USHER

Cuando solo yo sabía que coexistías
y mi cuerpo construía tu estructura.
Entonces, fuiste únicamente mía.

Me acompaña el miedo.
Permanece en mis entrañas.
Clavo en las paredes las heridas
y me agarro a ellas por no hundirme.

Imposible perdonarme el descuido
en el que mis genes regalaron a tus ojos
dos lagos quietos y profundos,
que no pudieran mirar hacia los cantos.
El ancla de finísima porcelana,
anclada en la membrana centinela.

Solo quiero que la vida no se olvide
que te debe las maneras soñadoras,
las mareas de mis mares.
Tu primavera y su primorosa espuma,
los matices que mereces, que amanecen.

SOLSTICIO DE INVIERNO

Espero a que las aguas se congelen
para andar sobre el río y por la senda.
Acechará el leopardo con su hambruna
devorando la piedra y el adverbio.

El invierno de siempre será invierno,
alumbrándome el valle de las sombras.
Todo vendrá e irá tan suave y claro
como el cristal que queda entre la nieve.